conforme á las luces de la razón. » Los latitudinarios no formaban una secta particular; en general, eran los hombres más instruídos de su época, y vivían, como Milton y Locke, confundidos con los demás protestantes. Uno de sus enemigos decía : « Se ocultan en las entrañas de la Iglesia, y la devorarán si no se pone á ello remedio.» En efecto, sus doctrinas acabaron por penetrar en todas las Iglesias reformadas durante el siglo XVIII. Un partidario del antiguo régimen podía escribir entonces : « ¿ Quién ignora que la doctrina de los arminianos y de los latitudinarios se ha extendido por toda la cristiandad? Cuantos pretenden poseer alguna inteligencia, consideran que la fe es cosa secundaria y que la piedad y la virtud constituyen las condiciones esenciales de la salvación. »

## XXII. — LA CONTRA-REFORMA

RANKE, *Historia de los papas.* — ALZOG, *Historia de la Iglesia.* — KURTZ, *Historia de la Iglesia.* — PHILIPPSON, *Historia de la contra-reforma.*

### REORGANIZACIÓN DEL CATOLICISMO.

**Las reformas del papado.** — Los cristianos católicos que se habían negado á levantarse contra el papa y á abandonar las tradiciones de la Iglesia, deseaban sin embargo que se restableciese en ella el orden. Esta reforma no podía efectuarse sino por una autoridad superior, el papa ó el concilio general. Unos eclesiásticos italianos, instruídos y piadosos, se reunían en Roma desde la época de León X para orar juntos y trabajar en su edificación; de esta manera se fundó el *Oratorio del amor divino*. Varios de ellos llegaron á ser cardenales (Contarini, Caraffa y Giberti) y ayudaron al papa Paulo II á preparar un proyecto de reforma. El



papa abolió los abusos que irritaban á los fieles contra la corte de Roma, dejó de hacer pagar por las gracias y de conceder dispensas que permitieran faltar á las leyes de la Iglesia; y hasta quiso reconciliar con la Santa Sede á los protestantes alemanes, para lo cual mandó á Ratisbona (1541) cardenales qne se entendiesen con los doctores luteranos. En muchos puntos fué fácil el acuerdo; pero no así en lo tocante á la misa, el celibato eclesiástico, el pecado original, la penitencia y los santos; la reconciliación fué imposible.

La manera más segura de debilitar al protestantismo era poner término á los abusos que separaron á los fieles de la Iglesia y contribuído al desarrollo de la Reforma. Así fué que los obispos vigilaron á los sacerdotes y á los monjes para impedir los escándalos. — Lo que más se había reprochado á los prelados era su lujo, y su vida mundanal; el papa dió ejemplo y vivió como un ermitaño. Entonces ocurrió lo mismo que en los siglos XI y XIII, es decir, que el clero hizo un esfuerzo para purificar la Iglesia contaminada por el espíritu del siglo. La orden de los Franciscanos fué reformada con el nombre de *Capuchinos*, y se fundaron otras. El siglo XVI fué al mismo tiempo la época de la reforma y una edad de santos : San Cayetano, San Carlos Borromeo, San Francisco Javier, San Juan de Dios, San Ignacio, Santa Teresa, San Luis de Gonzaga y San Felipe Neri.

**Los jesuitas.** — Este renacimiento de la piedad produjo una nueva orden religiosa, á la manera que el del siglo XI vió surgir Cluny y Citeaux y el XIII las órdenes mendicantes. La nueva asociación fué la *Compañía de Jesús*, fundada por Ignacio de Loyola para combatir la herejía protestante. « Hay que imaginarse

el mundo, decía el santo, como dos ejércitos que batallan, el de Dios y el de Satanás. » Los protestantes están en el del último, al paso que la Compañía de Jesús pelea *por la mayor gloria de Dios* (1). Se encuentra organizada, como los antiguos mendicantes, en *conventos* agrupados en *provincias*, que dirigen *padres provinciales*, el *general* gobierna toda la Compañia y está á las órdenes del papa. La organización es más robusta que las de otras órdenes, pues los jesuítas hacen, á más de los tres votos ordinarios de los monjes, el de obedecer al romano pontífice.

La principal novedad, que constituyó la fuerza de los jesuítas, fué la organización de los *ejercicios espirituales*, método regular para educar al soldado de Cristo en la obediencia y en la fe. Los ejercicios « con que se aprende á vencerse á sí mismo » tienen por objeto apartar de las cosas del mundo al novicio que entra al servicio de la Compañía y prepararlo para ser un buen soldado de la fe. Durante semanas enteras debe el novicio meditar cinco horas al día solo en su celda, sin ver á nadie de fuera, sin hablar con los demás religiosos, sin leer ni escribir nada que no se refiera á su meditación del día. Debe procurar representarse en la imaginación las cosas religiosas : « por ejemplo, una montaña en que encontramos á Jesucristo y á la Virgen y al Señor con los santos y los ángeles en un gran campamento cerca de Jerusalén, y frente á ellos, en otro campamento no lejos de Babilonia, á Lucifer, jefe de los impíos, sentado en un sillón de fuego y de humo, y con rostro horrible. » Cuando el novicio llega á meditar sobre el infierno, « el primer punto es *con-*

(1) *Ad majorem Dei gloriam* es la divisa de la Compañía de Jesús; se la pone en forma de iniciales A. M. D. G., al frente de todo libro escrito por un jesuíta.



*templar* con la imaginación los grandes incendios del averno y las almas encerradas en fuegos corporales ; el segundo punto es *oir* con la imaginación los lamentos, sollozos y gritos ; el tercero *respirar* con la imaginación el humo, el azufre, y la hediondez de una sentina de podredumbre; el cuarto, *gustar* con la imaginación cosas más amargas; el quinto *tocar* esos fuegos cuyo contacto devora las almas ». — El novicio debe llegar á no tener voluntad personal, á ser en mano de sus superiores « como un cadáver », « como el bastón en la mano del anciano ».

Para ser admitido en la orden es preciso haber pasado dos años como novicio en una casa de jesuítas donde se es sometido á distintas pruebas : ejercicios de contemplación, servicio de hospitales, de criado, viajar sin dinero, enseñar á los niños, predicar y confesar.

**Los jesuitas en el mundo.** — En el libro de las *Constituciones*, que es el reglamento de la Compañía de Jesús, se dice « que se trata, con ayuda de la gracia divina, no sólo de trabajar en la salvación y perfección de los miembros de la *Sociedad*, sino también y con todas las fuerzas, en favor del *prójimo*. » Así es que la orden entra en el mundo, como los franciscanos y los domínicos, y más aun todavía. Usan traje de sacerdotes seculares y luchan por fortalecer la fe y debilitar la herejía.

Unos se consagran á la predicación para convertir herejes y sostener á los cristianos que vacilan; otros se hacen confesores y directores de la conciencia de los príncipes, á fin de inclinarlos á tomar medidas favorables al catolicismo. Los hay que viajan por países todavía paganos en busca de almas que convertir. Entre

ellos se encuentran historiadores (1) ó filósofos (2) que escriben libros para demostrar la superioridad del papa; y también maestros qus enseñan á la juventud. Los superiores señalan á cada cual su cometido; la Compañía dispone además de miembros laicos que trabajan en su interés y bajo su dirección. — Los monjes de la edad media vivían en el campo; por el contrario, los jesuítas permanecen constantemente en las ciudades, porque en adelante todo se resuelve en ellas, siendo por tanto necesario residir allí para dirigir el mundo.

Entre todos los medios empleados por los jesuítas para gobernar á los laicos, fueron los principales la *educación* y la *confesión*. En las ciudades donde pudieron, fundaron *colegios* en que recibían á los hijos de los nobles y de los burgueses ricos. Esas escuelas, que llamaban sus dueños « fortalezas de la fe », debían trabajar para formar católicos y hombres distinguidos al mismo tiempo. Los alumnos se acostumbraban á los ejercicios de devoción, sobre todo « á las prácticas que la impiedad había tratado de destruir » (es decir, á la que los protestantes no admitían), procesiones, peregrinaciones, culto de las reliquias; pero también les enseñaban la cortesía y las buenas maneras ignoradas en las escuelas de la edad media, pues se quería que fueran capaces de presentarse bien y de hablar con elegancia. — Los jesuítas instruían á sus discípulos como á gentiles hombres que nunca habían de tener necesidad de ganarse la vida, no enseñándoles sino el latín y las matemáticas. La enseñanza estaba reglamentada por el famoso plan de estudios (*ratio studiorum*) que ha servido durante dos siglos para instruir á la juventud. Los jesuítas fueron los que tuvieron la idea de dividir á los alumnos en

(1) Baronio, *Anales de la Iglesia.*
(2) Bellarmino, *De las controversias de la fe contra los herejes.*



*clases*, de conceder premios á los más aprovechados, de publicar *ediciones* especiales de los autores antiguos para uso de las clases (de ahí el nombre de *clásicos*), y de hacer temas latinos, versos y discursos. — Cuando Napoléon I organizó la Universidad de Francia, fué introducido en todos los colegios el sistema de los jesuítas (1), por más que el fin de la educación fuera distinto y desde entonces son base de los estudios la lengua de Roma y las matemáticas.

Los padres de la orden eran muy apetecidos como confesores; esto les llevó sin duda á perfeccionar el arte de confesar y de *dirigir* las conciencias. Como tenían que apreciar las declaraciones de los penitentes, para proporcionar el castigo á la magnitud de la culpa, necesitaron estudiar los *casos* que pueden presentarse, examinar qué actos deben ser considerados como pecaminosos y en qué grado, decidir si un pecado pertenece á la categoría de los *veniales* (perdonables) ó á la de los mortales. Por ejemplo : un juez tiene que fallar entre dos litigantes que le parecen tener ambos razón : uno de ellos le da dinero y el magistrado resuelve en su favor; ¿ ha cometido ese juez un pecado? — Los que estudiaron los *casos* de conciencia, casi todos españoles, se llamaron *casuistas* y *casuística* la ciencia que constituyeron y que los enemigos de los jesuítas han sacado á plaza tantas veces.

La Compañía de Jesús se distinguió de las antiguas órdenes monásticas, por sus maneras suaves y corteses; así es que se hicieron amar, sobre todo, en las clases superiores, y como tenían organización robusta y medios de acción eficacísimos, no tardaron en llegar á ser, como aun lo son al cabo de tres siglos, la orden religiosa más

(1) Se tomó como modelo al colegio de Luis el Grande de París.

potente de la Iglesia y la que más daño ha hecho al protestantismo.

**Concilio de Trento.** — Cuando estalló la Reforma, muchos católicos reclamaron un concilio general para reorganizar la Iglesia y reformar los abusos que habían dado á los protestantes motivo para rebelarse ; pero el concilio no pudo reunirse mientras el papa estuvo en guerra con Carlos V, y el movimiento pudo extenderse por toda Alemania antes de que se llegara á un acuerdo. Al fin se reunió el concilio en Trento, ciudad imperial, pero hubo que suspenderlo dos veces y no pudo deliberar hasta veinte años después de la primera convocatoria. La asamblea estaba formada por obispos de cuatro naciones, Italia, España, Alemania y Francia ; Inglaterra no tuvo representación en él. Sin embargo, el número de italianos era superior al de todos los demás reunidos, y como se votaba por cabeza y no por nación, ellos estaban en mayoría. Así fué que al cabo de prolijas discusiones se acabó por adoptar cuantas medidas reclamaba el papa.

El concilio se había propuesto precisar la fe católica y fortalecer la disciplina. El emperador de Alemania pedía que se aceptasen algunas de las reformas que solicitaban los protestantes, como la comunión con ambas especies, el matrimonio de los clérigos, la supresión del ayuno, los cánticos en lengua vulgar y la revisión del Breviario ; pero el concilio se negó á ello, procurando combatir á los protestantes en vez de atraérselos. Al efecto, mantuvo cuanto los reformados rechazaban; la misa, la justificación por las obras, el culto de los santos, el ayuno , los sacramentos, el purgatorio y las indulgencias, condenando todas sus doctrinas de manera expresa bajo forma de *anatemas*. He aquí un ejemplo.



« Si alguno dice que el canon de la misa contiene errores y que se debe suprimirlo, sea anatema. » Á fin de resumir la fe católica y de oponerla á la herejía protestante redactó el concilio un catecismo por preguntas y respuestas que debían aprender todos los fieles.

El concilio dispuso además, con objeto de vigorizar la disciplina, que los obispos vigilaran á los clérigos de sus diócesis, que fundasen *seminarios* donde se instruyese á los aspirantes al sacerdocio y que cuidaran de que los seglares cumpliesen exactamente sus deberes de cristianos.

Los concilios del siglo XV habían declarado que estas asambleas eran superiores al papa : por el contrario, el concilio de Trento pidió al pontífice antes de disolverse que ratificara sus acuerdos; esto equivalía á reconocer al papa como superior del concilio.

La mayor parte de los soberanos católicos, incluso el rey de España, se negaron á aceptar todos los cánones del concilio ; algunos de sus decretos no se aplicaron sino en Italia y en Austria. Con todo, esta asamblea tuvo por principal resultado someter la Iglesia á la autoridad absoluta del papa.

**La propaganda.** — Una vez que la Iglesia reformó sus costumbres y vigorizó su organización, trabajó en aumentar desde el siglo XVI el número de católicos. La Compañía de Jesús dirigió este movimiento, y la mayor parte de los misioneros fueron jesuítas. El campo en que ejercieron su ministerio fué de dos clases diferentes, los países paganos y los protestantes.

Los grandes descubrimientos de los portugueses y de los españoles acababan de revelar un nuevo mundo gentil en América y en Asia. En el primero de esos continentes, el gobierno de Madrid protegió á los misioneros, de

modo que no sólo se convirtieron rapidamente casi todos los indios, sino que en el Paraguay organizaron los jesuítas un verdadero cuerpo político y social. San Franscisco Javier fundó en la India, cerca de las colonias portuguesas de la costa de Coromandel, 140 comunidades cristianas y el colegio de los jesuítas de Goa, que continuó las conversiones. Los restantes religiosos cristianos hicieron un llamamiento á los parias, cosa que fué causa del desprecio con que miraron á la nueva creencia los miembros de las castas superiores; en cambio los jesuítas, que estaban acostumbrados á ejercer acción sobre las clases superiores de la sociedad, se dirigieron á los bracmanes y procuraron convertirlos discutiendo con ellos. — En China y el Japón lograron los misioneros captarse el favor de los soberanos presentándose como matemáticos y médicos, tanto que les dejaron instalarse y fundar comunidades de cristianos chinos. Las demás órdenes religiosas, celosas de los jesuítas, lograron que el papa quitara á estos sus misiones para dárselas á ellos; pero de este modo irritaron á los soberanos chinos que persiguieron y exterminaron á sus súbditos católicos.

También se organizaron *misiones* para que fuesen á recorrer los países protestantes y tratar de restablecer el imperio de la fe. Al efecto, los religiosos recorrían la región predicando á los hombres y enseñando á los niños. Los nobles protestantes de Alemania ponían á sus hijos en los colegios de jesuítas, por ser la educación que éstos daban superior á la de los demás. « No es posible figurarse, escribe el jesuíta Rivadeneira, cuán provechosa para la Sociedad de Jesús es la educación, pues mantiene á los niños católicos en la fe de sus mayores, y vuelve á ella muchos hijos de familias herejes, que después se encargan de convertir á sus propios padres. »



En el siglo XVIII fundó el papa en Roma una sociedad para dirigir los trabajos de los misioneros. Se llama la *propaganda* (*propagandæ fidei*, que propaga la fe).

## XXIII. — LAS GUERRAS DE RELIGIÓN

**La intolerancia.** — En la edad media estaban todos los cristianos de Occidente unidos en la misma fe y formaban una sola Iglesia, la Iglesia universal (católica), que era comparada con la « túnica sin costura » de Cristo. La Reforma la rompió, dividiendo á los fieles en dos bandos enemigos, *católicos* y *protestantes*. Cada partido creía poseer la verdadera religión y pretendía sostener el partido de Dios contra el del diablo. Los católicos consideraban á los protestantes como sacrílegos que rechazaban las ceremonias de la Iglesia; y los protestantes llamaban á los católicos idólatras, porque veneraban las imágenes y las reliquias. Ninguno de los dos bandos quería tolerar al opuesto. — Como la Iglesia y el Estado habían procedido siempre de común acuerdo, las gentes se habían acostumbrado á considerar los asuntos religiosos como intimamente enlazados con los políticos, y no se podía concebir una sociedad formada por hombres de creencias distintas, ni un gobierno que se abstuviera de intervenir en las cuestiones de religión. Ni el clero, ni los reformadores, ni los príncipes creían tener siquiera derecho á permitir que se celebrara un culto falso. En este punto estaban todos contestes : « El interés del Estado, escribía Felipe II al emperador, está enlazado de tal modo con el mantenimiento de la religión que ni la autoridad de los príncipes, ni la concordia entre los súbditos pueden subsistir con dos religiones diferentes. Preferiría perder todos mis Estados y hasta cien vidas que tuviera, antes que ser señor de

herejes. Más vale un reino arruinado, con tal de conservarlo para Dios, que uno próspero é intacto consagrado al demonio y á sus sectarios los herejes. » — Al censurar la Sorbona la doctrina de Lutero, la llamó « insolencia impía que hay que vencer con cadenas y aun con las llamas más bien que por la razón ». El papa Pio V decía : : « No perdonéis á los enemigos de Dios, como ellos no han escaseado sus ataques á Dios. Así como no hay más que un sol y un rey únicos, así no debe tampoco haber más que una religión. »

Lutero por su parte encargaba á los príncipes que persiguieran á los sectarios, « pues las sectas son una inspiración del diablo ». Teodoro de Beze llamaba á la libertad de conciencia « dogma diabólico, » y Calvino, al tener noticia de la fuga de un teólogo que no pensaba como él, escribía : « Sabiendo qué hombre es, hubiera querido verle podrirse en un hoyo.. Y os aseguro que para cumplir mi deber no hubiera vacilado en hacerlo pasar por el fuego. » — La intolerancia siguió siendo un principio universal en el siglo XVII. « Los protestantes, dice Bossuet, están conformes con nosotros en que los príncipes cristianos tienen derecho para servirse de la espada contra sus súbditos enemigos de la Iglesia y de la santa doctrina. »

En una sociedad tan intolerante el cisma religioso causó perturbación nunca vista hasta entonces. La disputa relativa al calendario indica el grado de ese odio. Como el papa Gregorio rectificase el Calendario en 1582, los príncipes protestantes prefirieron conservar el antiguo, más bien que aceptar la reforma gregoriana, sin más motivo que el de deberse al papa. Esa obstinación duró en Inglaterra hasta 1752 y en Suecia hasta 1753.

Así fué que ambos partidos procuraron exterminarse valiéndose de la fuerza. Entonces empezaron las persecuciones donde una de las religiones dominaba mientras que la otra sólo tenía partidarios aislados ; las guerras civiles en los países en que la fuerza de los dos bandos era casi análoga ; y por fin, las luchas entre naciones católicas y protestantes. Esas turbulencias duraron más de un siglo, hasta que el partido dominante en un país logró exterminar al contrario ó se resignó á tolerarlo.



**La persecución católica.** — La Iglesia se había servido contra los herejes en el siglo XIII del tribunal de la Inquisición, compuesto de frailes que tenían derecho á prender, interrogar y condenar á cuantos abandonaban la fe; pero en el siglo XVI, ese poder no seguía funcionando sino en España. El papa la restableció en 1542 por la bula *Licet ab initio*, nombrando cardenales comisarios inquisidores del Santo Oficio, y dándoles facultad para delegar en eclesiásticos el poder « de sumariar á toda persona sin diferencia de clase en materia de fe, de castigar á los culpables, de confiscar sus bienes y de extirpar los errores por todos los medios ». Uno de esos cardenales inquisidores, Caraffa, fué papa poco después con el nombre de Paulo IV. Para organizar en un país la inquisición se necesitaba el consentimiento del gobierno ; el papa negoció al efecto y lo obtuvo de casi todos los gobiernos de Italia. En España se había restablecido la Inquisición contra los moros y los judíos, pero pronto se volvió principalmente contra los protestantes y en los autos de fe se quemaban principalmente herejes (1). — Los demás gobiernos católicos no quisieron de un tribunal especial, sin pensar por esto que los herejes debían

(1) Llorente, secretario de la Inquisición, calculaba que desde fines del siglo XV hasta 1808 fueron quemadas vivas 30.000 personas y 290.000 condenadas á azotes ó prisión; pero es difícil saber si esas cifras son exactas.

quedar impunes. Al efecto publicaron edictos para recordar que la herejía era un *crimen capital* y pronunciar penas contra los súbditos que incurrían en ella. Los tribunales ordinarios estaban encargados de juzgar y procedían contra los heterodoxos según hacían contra los ladrones y los asesinos, prendiéndolos, atormentándolos y condenándolos á muerte. El suplicio consistía en quemarlos en una hoguera; á veces les cortaban la mano ó la lengua antes de ejecutarlos. — El parlamento de Aix condenó á muerte en 1545 á todos los Valdenses de Provenza, y mandó un regimiento que destruyó los pueblos y mató á cuantos encontró, sin distinción de edad ni de sexo. Los que escaparon á la matanza fueron condenados á galeras. — En el siglo XVII se suavizaron un tanto estos procedimientos, y se dejó de quemar á los protestantes, limitándose á desterrarlos y confiscar sus bienes. En Austria iban de pueblo en pueblo unos comisarios acompañados por fuerza armada, expulsando pastores, volando los templos, y obligando á los habitantes á hacerse católicos ó emigrar. En Francia, Luis XIV mandó que los pastores salieran de su reino y que se quedaran en él los fieles; los ministros que no obedecían la orden ó que regresaban y los laicos que querían huir eran condenados á galeras.

La persecución no se limitó á las personas, sino que se aplicó también á los escritos. Como la Reforma se había propagado por medio de los libros, los gobiernos católicos tomaron el partido de examinarlos severamente. Al efecto se nombraron comisarios encargados de examinar toda obra nueva antes de que se publicara. El librero que imprimía algo sin permiso, era condenado á la confiscación, á galeras y hasta á muerte. Los que vendían ó propagaban libros heréticos estaban sujetos á la misma pena. Un edicto dictado en Bélgica el año 1531



mandaba que cuantos repartieran escritos de Lutero, serían « marcados con un hierro hecho ascua en forma de cruz, tan profundamente que no se pudiera borrar la señal » ; además se les debía « sacar un ojo y cortarles una mano. » — Para que nadie ignorase cuales eran los libros prohibidos, el papa organizó en Roma la *congregación del Índice*, que todavía subsiste y que estaba encargada de publicar una *lista* (*index*) de las obras que un católico no debía leer y que tenía obligación de quemar donde quiera que las hallase. — De este modo nació la *previa censura*, que durante mucho tiempo fué un instrumento de vigilancia religiosa, para convertirse más tarde en medio de dominación política.

**La persecución protestante.** — En los países donde los gobiernos aceptaron la Reforma, los artículos de fe redactados por teólogos protestantes se convirtieron en *leyes del Estado*. Los que se negaban á aceptarlas eran condenados como rebeldes; los príncipes protestantes y los consejos de las ciudades libres prohibían la celebración de la misa en sus Estados y expulsaban á los sacerdotes y religiosos. En Inglaterra obligaban á todos los empleados públicos á jurar que no reconocían más jefe de la Iglesia que el rey; los católicos, que no podían prestar semejante juramento, eran excluídos de todas las funciones y en ocasiones hasta declarados incapaces de poseer en el país ninguna tierra, de legar sus bienes ó de aceptar una herencia. En ocasiones los expulsaban ó les confiscaban sus bienes. — Bajo el pretexto de que reconocer la autoridad del papa es negar la supremacía del *rey*, los tribunales ingleses acusaban á los católicos del crimen de alta traición y los condenaban á muerte. — La manera de ejecutar las sentencias era lo único distinto, pues mientras los

tribunales católicos mandaban quemar á los herejes, los jueces protestantes hacían decapitar á los católicos.

Y así como la Iglesia perseguía los libros heterodoxos, así destruían los protestantes las imágenes católicas, no sólo arrancándolas de las iglesias consagradas al culto protestante, sino también entrando por fuerza en los templos de sus enemigos para romper las cruces, los adornos, los cuadros y las estatuas de los santos y de la Virgen. Los que más se encarnizaban contra lo que ellos llamaban « signos de idolatría », eran los calvinistas. Los de Escocia destruían sistemáticamente todos los emblemas religiosos. En Francia y en Bélgica había bandas que recorrían el país destrozando las iglesias. En 1560, los soldados hugonotes, que eran dueños de Orleans, empezaron á devastar los templos. Su jefe, Condé, quiso contenerlos; viendo á un soldado que trataba de arrojar al suelo un santo colocado muy alto y al que le era difícil llegar, Condé le apuntó amenazandole con hacer fuego si no bajaba inmediatamente. « Monseñor, contestó el hugonote, máteme si quiere, pero antes déjeme derribar este ídolo .»

**Las guerras de religión.** — En los países donde los habitantes se dividieron entre la Iglesia católica y el protestantismo, ambos partidos tomaron las armas y estalló la guerra civil. En Suiza fué una lucha de unos cantones con otros, que empezó desde la época de Zuinglio. En Alemania, que vió la primera contienda de esta clase, fué una guerra entre el emperador y los príncipes. Como cada príncipe y cada ciudad libre formaban un Estado independiente, el Emperador necesitó recurrir á las armas dos veces, á largos intervalos, en el siglo XVI y en el XVII, para imponerles un arreglo de



los asuntos religiosos. La más interesante en la querella era la cuestión de los bienes de la Iglesia, tan importantes en Alemania, y que los príncipes protestantes se habían apropiado. Por dos veces triunfó el soberano y promulgó edictos restituyendo al clero sus bienes (el *interim de Augsburgo* en 1547, y el *edicto de restitución* en 1629), y otras dos lograron los príncipes luteranos, con el auxilio del rey de la católica Francia, obligar al emperador á reconocer su independencia (paz de Augsburgo en 1556 y paz de Westfalia en 1648). — En los países donde el soberano era católico, como Francia, los Países Bajos y Escocia (1), la lucha revistió la forma de una rebelión de los súbditos contra el rey. En Escocia fué corta la guerra; pero en Holanda duró veinte años y cuarenta en Francia; la sostuvieron los nobles, acostumbrados á usar las armas, y los burgueses; los rurales, que estaban acostumbrados á obedecer, tomaron escasa parte en ella.

Estas luchas fueron sanguinarias y los partidos consideraban como un acto agradable á Dios la crueldad para con los adversarios; los prisioneros eran tratados casi siempre como criminales. Montluc, capitán católico francés, se jactaba de haber ahorcado á sus prisioneros en los árboles de los caminos; el baron Des Adrets, del bando protestante, mandaba arrojar los suyos desde lo alto de una torre. Era frecuente que asesinasen hasta á las mujeres y á los niños, como en las matanzas de Vassy, y de la noche de San Bartolomé. Los fanáticos de ambos bandos consideraban como acto heroico sacrificar su vida para asesinar al jefe del bando enemigo. Así murieron Francisco de Guisa, Guillermo el Taciturno y Enrique III.

(1) La reina María Estuardo era católica; pero el regente favorecía á los protestantes.

Además, esas guerras eran destructoras pues se peleaba en cada pedazo de tierra. Los países estaban llenos de jefes de banda que, con el presexto de religión, recorrían los campos al frente de sus aventureros, viviendo de saqueo y contribuciones forzosas, prendiendo, imponiendo rescates, dando tormento á los enemigos, y haciendo mucho más daño á los habitantes que á los adversarios. Se dieron pocas grandes batallas, pues ninguno de los dos partidos podía reunir grandes ejércitos. La lucha era principalmente una serie de sitios, que consistían en tomar *plazas*. Ahora bien, en el siglo XVI casi no había aldea importante que no estuviera rodeada de baluartes y que no fuera considerada como una plaza fuerte; en consecuencia, esos miles de ciudadelillas, que eran incapaces de sostener un sitio, pasaban de mano en mano, ya por fuerza, ya por traición, pues siempre había en los puntos ocupados por uno de los partidos, algunos habitantes dispuestos á hacer entrar una banda del opuesto. Cuando la plaza era tomada por asalto, la costumbre exigía que se la abandonase á los soldados; estos saqueaban las casas y mataban á los habitantes, excepto cuando preferían imponerles rescate. Semejante estado de cosas impedía cultivar los campos y comerciar, de modo que arruinaba á burgueses y campesinos al mismo tiempo.

## XXIV. — FELIPE II, ISABEL, ENRIQUE IV

FORNERON, *Historia de Felipe II.* — *Historia de los duques de Guisa.* — GREEN, *Historia del pueblo inglés.* — POIRSON, *Historia de Enrique IV.* — BORDIER, *Historia de Francia.*

### FELIPE II.

**La Reforma en Europa.** — La mayor parte de los príncipes que reclamaban en el siglo XVI una reforma



de la Iglesia, esperaban que la efectuaría un concilio universal. Cuando se vió lo difícil que era reunir esta asamblea, algunos se resolvieron á llevar ellos personalmente á cabo la reforma, en su propio provecho. Por esto adoptaron el luteranismo diversos príncipes alemanes, luchando durante veinte años, hasta obligar al emperador á dejarles facultad para arreglar los asuntos religiosos de sus territorios. Los reyes de Suecia y de Dinamarca procedieron del mismo modo. Así pues, la Reforma luterana fué al principio una rebelión contra el papa; este movimiento se efectuó entre los años 1520 y 1540 y no salió de los países germánicos.

Después cambiaron las cosas; el centro del movimiento fué Ginebra, donde Calvino acababa de crear una nueva organización religiosa. La reforma calvinista penetró en Francia, Inglaterra, los Países Bajos, Hungría, Bohemia y Polonia. Ahora tomaron parte en la contienda no sólo los príncipes, sino también los señores, los nobles y los burgueses. En las naciones donde el soberano seguía siendo católico y quería mantener la Iglesia sometida al Papa, el calvinismo constituyó una rebelión contra el pontífie y el rey al mismo tiempo. Esta secta aprovechó las guerras entre los dos principales soberanos católicos de Europa; sus doctrinas se propagaron principalmente entre 1555 y 1560, mientras luchaban uno contra otro el papa y el rey de España.

**Lucha contra el protestantismo.** — Al firmar los reyes de Francia y de España la paz de Cateau-Cambrésis, formaron el proyecto de combatir y extirpar la herejía. Enrique II propuso hasta efectuar juntos una campaña á fin de destruir Ginebra, foco del calvinismo;